

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

VANIDAD DE LOS JUICIOS HUMANOS.

—

Está escrito y no debemos perderlo de vista, á saber; que no son los hombres nuestros jueces; sino que es Dios el que nos ha de juzgar. Los hombres propenden á la injusticia; sus juicios adolecen de ligereza y temeridad. Dios es justo y sus juicios son rectos. Los hombres juzgan lo exterior y se guian por las apariencias; Dios penetra los pensamientos, tiene cuenta con las intenciones, y pesa los quilates de la virtud. Los hombres juzgan, pero sus fallos no influyen en el valor moral de nuestras acciones, ni deciden sobre nuestro eterno destino; Dios juzga, y sus fallos son inapelables, absuelve ó condena, y nadie reforma su sentencia cuyas consecuencias son eternas. De donde

se infiere la vanidad de los juicios humanos, y el temor y la esperanza con que debemos esperar los juicios.

—

No hay cosa mas comun que la falta de caridad y sobra de injusticia en los juicios de los hombres. No hay lógica en los juicios y por eso no hay caridad en el trato social. No habiendo lógica ni caridad, es inevitable todo linaje de atentados y desafueros contra la virtud, contra la honra y el mérito de toda obra laudable. Nada respeta la maledicencia y á todas partes llega el corrosivo de la difamacion. Cuando no es posible negar, ó destruir el valor de las virtudes y el mérito de las acciones, se comete la villanía de calumniar las intenciones. ¿Sois vosotros señal de contradiccion? ¿Habeis

sido puestos como blanco de la envidia y de la maledicencia? Conviene recordar esta palabra de Jesucristo: si el mundo os aborrece, sabed que yo he sido el blanco de sus ódios. Si fueseis del mundo, el mundo amaría lo que es suyo. Pero como no sois del mundo; como no tenéis parte en sus liviandades y corrupciones; como reñís las batallas del Señor contra sus ciegos é insensatos amadores, este enemigo de la gloria de Dios y de los hombres no perdona ocasion de manifestar el ódio que os profesa, en forma de juicios, ora temerarios, ora injustos y calumniosos.

Pues bien: vosotros podeis y debéis intentar vuestra defensa; tenéis derecho á vuestra honra y podeis vindicarla de toda injusta agresion, y en ciertos casos tenéis obligacion de justificar vuestra conducta, empleando al efecto todos los medios conducentes, no reprobados por la ley de Dios. Cuidad ante todo de obrar bien. El que tiene en su favor el testimonio de su conciencia, y pone su corazon en Dios, no teme los juicios de los hombres. Y por qué habiamos de temerlos? Ese hombre injusto que trata de oscurecer el brillo de nuestras virtudes y denigrar el mérito de nuestras acciones no puede in-

fundir temor ni cansar turbacion en un pecho varonil, y verdaderamente cristiano. Es mortal. Hoy existe, y mañana desaparece. Temed á Dios, y afrontad con serenidad los juicios de los hombres. ¿Hay algun desdichado que os quiere mal, que os persigue con su lengua, que dispara contra vosotros los dardos de la envidia, de la difamacion y de la calumnia? No temais; pero tampoco os irribeis. Ni el detractor, ni el calumniador tienen poder para dañaros. Quizá son instrumentos de la justicia divina que os humilla para daros la salud, ó de la divina bondad que quiere probar vuestra paciencia, acrisolar vuestra virtud, y aumentar los frutos de vuestra justicia. No temais á vuestros enemigos; compadeceos mas bien de su miseria. No pueden ellos haceros daño alguno, mientras se dañan en gran manera á sí mismos. No podrán eludir el juicio de Dios, y como seais mansos ante los arrebatos de su ira, humildes ante la soberbia de sus pensamientos, y compasivos ante la multitud de sus pecados y la pesadumbre de sus miserias, mientras ellos se labran su propia desventura, vosotros merecereis preciosa é inmarcesible diadema de honor y de gloria en el

reino de aquel Juez Soberano, Justísimo y eterno que dijo: No juzgueis para no ser juzgados; juicio sin misericordia se hará á los que juzguen sin misericordia; bienaventurados los que sufren persecucion emprendida por la envidia y continuada por la soberbia, porque de ellos será el reino de la gloria, Amen.

¿EN EL SIGLO XIX?

(Conclusion).

¡Sin embargo, cosa extraña!
Aun hay moros en España.
(Breton de los Herberos).

Porque he de advenir á Vds. que mi protagonista, como el hidalgo manchego immortalizado por Cervantes, se pasaba las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio, leyendo libros de caballerias, quiero decir libros espiritistas.

Poco tiempo hacia que el nunca bastante celebrado Tembleque, arrellanado en su sillón, dedicábase á la lectura indicada, cuando un ruido indudablemente producido en el cuarto inmediato vino á sacarlo de su abstraccion.

—¿Quién ha podido entrar ahí, se dijo, si ese cuarto lo tengo siempre cerrado con llave?

Y no sin cierto temor se propuso averiguarlo; pero al llegar á la puerta se detuvo, las piernas le flaquearon, un sudor frío cubrió todo su cuerpo, y el corazón latía apresuradamente, presa de la mas extraña agitacion.

El Sr. Tembleque era muy grande, pero el miedo era mas grande todavia.

Intentó salir segunda vez y sucedió lo mismo: al fin, á la tercera fué la vencida.

¡Llor eterno al valiente entre los valientes!

Abrió el cuarto despues de tomar las mas prudentes precauciones, lo registró cuidadosamente y no vió nada.

—Ya se, ya sé quien ha sido, dijo el Sr. Tembleque con aire satisfecho. Bien claramente lo da á conocer Allan Kardec.

Y abriendo de nuevo el libro por donde antes leia, pasó su vista por estas palabras.

«Mas embrollones y chismosos que malvados parece ser patrimonio suyo la malicia y la inconsecuencia. Estos tales son los dueudes ó espíritus ligeros.

—Tiene razon: no ha podido ser más que un *duende*, dijo el Sr. Tembleque echando la llave; pero con tono de tan profunda conviccion, que hasta el gato que dormía en la silla de enfrente levantó la cabeza asustado al oír pronunciar la palabra *duende* en pleno siglo XIX.

¡Pobre Tembleque! El que abominaba la supersticion á todas horas, era en su vida intima tan supersticioso que llamaba duendes á los que ratones eran, segun el testimonio de su gato.

¡Cuántos *espíritus fuertes* conozco yo que no creen en Dios..... pero creen en brujas!

H.

(De *El Pilar*.)

UN RATO DE CONVERSACION.

—
HORRIBLE FIN DE UN BLASFEMO
Histórico.

—Vengo preocupado, afectado...

—¿Y eso? ¿qué le ocurre á Vd?

—Un amigo me acaba de contar una triste historia que me ha impresionado vivamente.

—¿Es un secreto?

—Al contrario; es un terrible ejemplar que prueba cómo castiga Dios la blasfemia, y convendría que se hiciera público para escarmiento de los que suponen que Dios no hace caso de las injurias que se le dirigen á su Santo nombre.

—Pues cuéntelo V. para que podamos divulgarlo.

—No tengo inconveniente, pero les advierto que voy á cambiar los nombres y el lugar del suceso, por no afligir á las personas que lloran la desgracia que acaba de suceder.

I.

La paz, la felicidad, el contento reinaban en la casa de Juan.

Era este colono de una hacienda al pié de un bosque, á la vista de una ermita que levantaba su sencillo campanario en una altura inmediata, dibujándose sobre el fondo de un cielo casi siempre azulado.

La casa de labranza estaba rodeada de árboles frutales y de lozana huerta; por un lado frondosas viñas proveían de rico vino la espaciosa bodega y por otro se descendía al fondo de un torrente bordeado de copudos árboles.

Juan, laborioso, inteligente, honrado y chapado á la antigua, tenía tres hijos, mayores todos, bien criados, activos y dados por completo al trabajo.

Con estas condiciones fácil es comprender que el deshago y la paz reinaron en aquella casa, donde reina el temor de Dios.

Solo una cosa faltaba en aquel plácido hogar: la presencia de una mujer que animara con sus cuidados maternos, con su solicitud casera aquel frio interior.

Y esta mujer el Cielo se la concedió, bondadosa, trabajadora, humilde, casándose con el mayor de los hijos y dándole en el curso de los años tres hermosas criaturas que eran el encanto de la familia.

II.

Hace unos tres años fué el dueño de la finca á pasar en ella un día de campo con varios amigos, siendo recibido con aquel afectuoso respeto que caracterizaba á nuestros antiguos labradores.

Juan estaba sentado en una si-

lla, teniendo en una mano una muleta, y un abrigo sobre su cuerpo. El ceño torvo, la mirada sombría, el esfuerzo que hacía para dominar su actitud, revelaban que un gran cambio se había obrado en aquel hombre, antes risueño y agasajador.

Explicó en secas palabras que sufría hacía meses unos fuertes dolores que le impedían el trabajo. Se quejó de que todo iba mal desde que él no podía inspeccionarlo y dirigirlo todo. Y soltó algunas palabras de impaciencia, que reprimió en cuanto oyó que eran contestadas con exhortaciones á la paciencia, con esperanzas de curación y con frases dirigidas á tranquilizarle en sus inquietudes.

Queriendo el dueño de la finca conocer bien la situación del enfermo, aprovechó un momento para llamar aparte á la nuera, de la cual supo, no sin grandes esfuerzos para ocultar en parte la verdad de las cosas, que todo había cambiado en aquella casa.

—Esto es un infierno, dijo por fin entre sollozos. Mi suegro se ha dado á blasfemar desde que cayó enfermo, y á desesperarse contra Dios, de tal suerte, que no sé como hacerle para evitar que los chiquillos oigan sus horribles imprecaciones.

A todos nos maltrata, nada encuentra bien hecho, habla de arrojarnos á todos de casa, y hasta ha llegado varias veces á amenazarnos con la muleta.

Preguntado el marido, confirmó el relato, añadiendo algunos detalles que hacían mas grave aquella situación.

—¿No se reza ya el rosario en familia? preguntó el dueño.

—No, señor; si acaso, en voz baja cuando el abuelo está acostado, porque lo interrumpe con blasfemias y maldiciones... Pero, señor, haga V. que no conozca que le hemos hablado de esto, porque tememos las consecuencias. Le enfurecería el saber que le hemos contado V. lo que pasa.

Mientras estaban los amigos en el comedor, salió el dueño á hablar con Juan, haciéndose el desentendido de cuanto había descubierto; pero halló á su colono reservado y seco, y contestando á las reflexiones que le hacía con exclamaciones como estas:

—¿Qué daño le he hecho á Dios para que me haga sufrir tanto?

¿No valdría más que me llevara de una vez de este mundo?

Fué en vano decirle que Dios no hacía sufrir, sino que permitía que los males inherentes á nuestra débil condición nos afligieran alguna vez con el objeto de puri-

ficarnos, con el de hacernos ver que necesitamos de la bondad divina para remediarlos, que mas que ningun hombre sufrió Jesucristo por nosotros, siendo inocente, y que era justo que nosotros sufriéramos algo en este mundo, siendo culpables de tantas faltas contra la ley de Dios. Ni estas, ni otras reflexiones penetraban al parecer en su espíritu.

No pudiendo hacer otra cosa, el dueño encargó á su administrador, que le habia acompañado aquel dia, que no perdiera de vista la triste situación de aquella casa; que volviera con frecuencia, que procurará contener los excesos de aquel infeliz anciano, amenazándole con que sería despedido y llevado á una casa de Beneficencia, quedando en la hacienda sus hijos, sino trataba de cambiar con ellos de conducta.

El administrador cumplió con celo el encargo: visitó á menudo aquella casa, y si bien poco logró con respecto al estado moral del enfermo, consiguió que rezara de vez en cuando, si bien intermedia sus oraciones con blasfemias é imprecaciones.

III.

Hace pocas semanas se dirigia el Tribunal á aquella casa donde

años antes reinaba la paz, el contento y el desahogo.

¿Qué habia ocurrido?

Mientras estaba preparando la j6ven la comida, Juan subi6 al piso principal, diciendo que iba á echarse sobre la cama por no encontrarse bien.

Al llegar arriba, tom6 una larga cuerda de cáñamo, la at6 á la baranda de la azotea, pas6 el otro extremo por la garganta, con un nudo corredizo y se precipit6 al abismo.

Poco rato despues que el abuelo habia subido, subi6 tambien la nuera con una bebida calmante, y al ver la cama vacía, llam6, recorri6 la casa, sali6 á la azotea, vi6 la cuerda extendida en el suelo y azorada al verla atada á la baranda, mir6 el otro lado y vi6 con horror el cuerpo pendiente.

Di6 voces, acudieron los hijos y mozos, tocaron la cabeza desde arriba y la encontraron todavia caliente.

¿Quién sabe si aun estaba con vida!

Pero para que el castigo ejemplar del infeliz blasfemo fuera manifesto, Dios permiti6 que obrara sobre aquellos aterrizados hombres aquella funesta preocupacion que domina en las gentes del campo, en virtud de la

cual creen que el que toca á un herido, ó un muerto ó uno que haya sido víctima de un crimen, tiene que habérselas con la Justicia y ser tratado como autor del atentado

En lugar, pues, de desatarle, corrieron presurosos todos al juzgado vecino, esperando que el Juez dispusiera lo que habia que hacer.

Y así estuvo aquel infeliz pendiente de la cuerda gran parte de la tarde.

—Esto es horrible.

—Libradme Dios de juzgar de la suerte eterna de este pobre hombre. ¿Tuvo tiempo para arrepentirse en el último momento, y lo aprovechó? ¿Estaba su razón extraviada y fué un acto de demencia el que le impulsó á tan criminal acción? Solo Dios puede conocer estos secretos, por ahora ocultos á nuestras miradas.

La lección que el hecho ofrece es la que importa aprovechar.

Desde que aquel hombre se dió á blasfemar y á increpar á Dios, huyó la paz y la felicidad que reinaba en aquella casa.

Aquel infeliz no era vicioso, antes bien era trabajador, sobrio y honrado; no tuvo otro vicio que el de la blasfemia. El solo fué la causa de su desgracia y de su horrible fin.

Porque horrible fin es, mirado aun humanamente y prescindiendo del ulterior destino del alma, el del que corta su vida, que con tanto apego mira el hombre, inspirando horror á todos, despreciando á lo seres que por rodearle le habian de ser queridos y dejando un recuerdo deshonesto que aleja de su féretro á deudos y amigos.

¿Se dirá en vista de este ejemplo, que Dios no castiga la blasfemia?

¿Y no se temerá por toda una nación donde la blasfemia no encuentre la reparación debida ante la misericordia de Dios?

¿Faltan acaso ejemplos elocuentes de los castigos con que son afligidos los pueblos blasfemos?

L. M. DE LL.

(De *La Hormiga de Oro*.)

LA HILANDERA DE EVRECY.

A fines del siglo XVIII, vivía en Evrecy, Normandía, un gentil-hombre que no tenía mas parientes que una hija de diez años, ni otra servidumbre que una anciana criada. La hija había recibido en el bautismo el nombre de Fronnette y la sirvienta el de Bertande; pero ésta no era conocida en el país sino con el sobrenombre de la *Hilandera de Evrecy*; y á fé que le cuadraba perfectamente, por-

que siempre se la veía con la rueca al lado. Bertaude, hilaba en efecto desde la mañana hasta la noche, y muchas veces también de la noche á la mañana, sin que su señor tuviera por eso menos acreedores. Así, preciso es decirlo, este no se cuidaba en lo mas mínimo de las tareas de su servidora. El gentil-hombre de Evrecy era de los que no piensan jamás en su epitafio, y se contentan con el de la humanidad. Despues de haber comido la mayor parte de su hacienda, habiase decidido á beber la restante, para restablecer sin duda el equilibrio; y una vez realizado su propósito, continuaba el camino emprendido, con tanta mayor resolucion quanto era ya menos de temer su ruina, segun decia él mismo con frecuencia. Excelente hombre por lo demás, seguramente hubiera dado á su hija Ivonnette el sol y la luna, á serle posible, y nunca dejaba de llamar á Bertaude para beber el último vaso de sidra ó de cerveza.

En fin, cuando lo hubo agotado todo, el crédito como la fortuna, tuvo el buen acuerdo de morir, poco menos que de repente, sin haber sufrido las molestias que siempre causa el arreglo de cuentas con los acreedores.

Pero apenas despedido el fúnebre cortejo, éstos acudieron en número, con el acostumbrado acompañamiento de gentes de justicia, para apoderarse de todo. Los muebles bajaron al patio de honor y fueron vendidos en pública subasta, las praderas y los campos pasaron á manos de otros amos, y un mercader de Falaisé que habia comprado la nobleza recientemente, vino á instalarse como dueño en el castillo.

Bertaude comprendió que era preciso abandonar el campo. Tomó pues la rueca y el uso, recojió su ropa y la de Ivonnette, y fué á decir adios al nuevo propietario.

Este al verla entrar llevando de la mano á Ivonnette, le preguntó si la iba á dejar en casa de algun pariente:

—¡Ay de mí! dijo Bertaude, enjugando las lágrimas que corrian por sus mejillas con una punta del delantal, la pobre inocente no tiene ninguno en el país que pueda recibirla.

—Entonces ¿por qué no la llevais al hospicio de Bayeux? replicó el mercader ennoblecido.

—¡Al hospicio! exclamó Bertaude horrorizada.

—Al hospicio. Allí reciben los niños abandonados.

—¡Por mi Salvador! Ivonnette no lo está señor, contestó la anciana sirvienta, acariciando á la niña que se aferraba á sus vestidos con espanto; mientras yo no descansa bajo el césped del cementerio, siempre tendrá quien mire por ella.

—¿Es acaso parienta vuestra? preguntó el mercader irónicamente.

(Concluirá).

